

La crisis de la modernidad /

Déborah Paniagua Sánchez Aldana

Maestra en arquitectura. Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM

El siglo XX nace a la historia después de una larga gesta que tiene sus orígenes mucho tiempo atrás. La modernidad pregonada desde hacía varios milenios llega probablemente a su expresión más acabada en este siglo sólo para presenciar su derrumbe. Pero no todo fue en vano, la historia nos muestra que la experiencia humana viene dialécticamente formada entre el impulso creador y el destructor, y el rumbo que la humanidad ha seguido es producto de ambos. Así, dentro de este vasto contexto, podemos observar logros y fracasos. El mundo moderno, con su paradigma científico basado en la idea y uso de la razón se ha agotado, o por lo menos, no puede ser tomado como absoluto para la consecución de los ideales humanos más altos.

Sin embargo, el uso de la razón condujo a la humanidad por un camino que probablemente tenía que recorrer. El paradigma místico-religioso que orientaba el pensamiento y la acción antes de la modernidad, tenía que cambiar al paradigma científico para dar paso al descubrimiento de potencialidades humanas antes inexploradas: era necesario pasar de la fe a la razón, era necesario desarrollar nuestras capacidades meramente humanas y probar nuestro poder. El hombre puso en la razón toda la confianza de su empoderamiento frente a la naturaleza y actuó en consecuencia. El descubrimiento de la ciencia le permitió tener cierto control sobre la naturaleza que transformó en técnica al servicio de sus intereses. El bienestar material se hizo más extenso y accesible a más gente, pero también se hicieron más poderosas las armas para destruirnos en la competencia por el control del poder, y la agresión causada a la naturaleza explotada indiscriminadamente ha llegado a niveles que ponen en peligro a la humanidad entera. La razón alienada de la naturaleza tiende a destruirla y a destruirnos, olvidamos que también somos naturaleza y que la vida es inseparable de ella.

Los logros de la razón han sido cuantiosos, ha habido un avance en el autoconocimiento humano, sin duda, pero los frutos más evidentes de este camino se han dado en el campo de lo material, en el de la producción, en el desarrollo tecnológico que nos ha permitido recrear la naturaleza con mayores posibilidades y crear extensiones

insospechadas de las capacidades humanas. Ahora podemos viajar en pocas horas de un extremo a otro del planeta; se ha explorado el espacio y reconocido cualidades de otros planetas; hemos creado un sistema complejísimo de comunicación a través de satélites y computadoras cada vez más sofisticadas; también podemos matar a millones de seres humanos con una sola bomba y de una sola vez. Estos descubrimientos tecnológicos, y muchos otros más, han expandido nuestras capacidades físicas considerablemente; nos podemos sentir poderosos a través de lo que la ciencia nos ha permitido hacer; sin embargo, estamos insatisfechos.

Con todo lo creado, tan impresionante como pueda ser, no hemos logrado el equilibrio. La humanidad se debate entre luchas de poder e iniquidad en el acceso a los bienes producidos. Algunos acumulan riquezas incalculables mientras otros mueren de hambre. El beneficio del uso de la razón no ha llegado a la mayoría de los humanos. El paradigma científico, con su instrumento por excelencia, la razón, ha creado y excluido de su creación a más de media humanidad. ¿Es que la razón no contempla el equilibrio? ¿Será que el empoderamiento del hombre vía la razón lo conduce sólo por la ruta del poder?

Pero la crisis de la razón no llegó por eso. La crisis de la razón y el paradigma científico es resultado de los mismos descubrimientos de la ciencia. La teoría de la relatividad y la física cuántica descubrieron que las bases de la ciencia no eran tan sólidas ni tan objetivas como se creía: la objetividad era una creación ingenua de la construcción de la realidad y la verdad absoluta no existía. De pronto, la seguridad de la certeza científica se desvaneció, y con ello el poder del hombre frente a la naturaleza se relativizó para dejarlo perplejo una vez más frente a la realidad. Los constructores de la razón perdieron la solidez que los caracterizaba y la realidad organizada por ellos se volvió cuestionable. El poder de la razón no era finalmente infinito, y sus productos no eran absolutos. La seguridad alcanzada por la modernidad, de esta manera, se fragmenta, y las posibilidades del conocimiento humano se cuestionan. Así entramos a la crisis de la llamada posmodernidad.

Hacia los años sesenta, la arquitectura busca nuevos significados. Este momento marca el final de la arquitectura moderna y la búsqueda de nuevas expresiones que, en su conjunto, son conocidas como arquitectura posmoderna.

Los descubrimientos científicos que provocaron esta crisis del pensamiento son producto de la primera mitad de este siglo, pero sus efectos empezaron a hacerse más tangibles durante la segunda mitad, en la que los cuestionamientos provenientes de los descubrimientos en la ciencia se extienden a todo el mundo del pensamiento y la cultura. Si las ciencias naturales, como la física, no eran absolutas, las llamadas ciencias humanas, lo eran mucho menos. Después de esto, era evidente que las grandes construcciones del pensamiento sólo podían ser aproximaciones a la verdad y, en su carácter relativo, se vieron obligadas a aceptar la diversidad de interpretaciones acerca de la realidad. Y este carácter relativo de la verdad es el único postulado válido de interpretación de la realidad.

La producción de la cultura del siglo XX es reflejo fiel del apogeo y la crisis de la modernidad. A grandes rasgos podemos decir que la primera mitad del siglo se caracterizó por el optimismo producido por la confianza en el poder de la razón, los descubrimientos de la ciencia y los avances tecnológicos. Los artistas e intelectuales exaltaron sus logros a través de su creación. El arte se inspiró en la ciencia y se volvió "científico". En la arquitectura, el descubrimiento de nuevas tecnologías abrió un panorama nuevo a la creación. Los nuevos materiales y las nuevas técnicas de construcción permitieron a los arquitectos liberarse de las restricciones formales que antes les eran impuestas. Ser moderno significaba romper con el pasado y aventurarse hacia la creación de nuevas expresiones arquitectónicas acordes con los nuevos descubrimientos y con el espíritu de la época. Los estilos quedaban atrás. La apertura de posibilidades tendría que responder a los nuevos retos. Los arquitectos emprendieron una cruzada para coadyuvar en su solución: la sociedad recibiría sus frutos. El entusiasmo era desbordante. Se crearon escuelas para promover cambios de actitud y de aproximación al diseño y la arquitectura: el diseño al servicio de todos. El mundo industrializado exigía solucionar el problema del hábitat humano para una población creciente, aquella que hacía posible el progreso con su trabajo. Se hicieron ambiciosos proyectos de vivienda para dar alojamiento a la nueva gene-

ración de trabajadores que poblaban las ciudades: la arquitectura al servicio de todos.

El advenimiento de la segunda Guerra Mundial frenó todo entusiasmo. Europa y Estados Unidos se embarcaron en la más destructiva guerra en la historia de la humanidad. La lucha por el poder y la destrucción afectó el ánimo de todos. El optimismo que caracterizaba la labor de los arquitectos se vio seriamente limitado. Muchos arquitectos europeos emigraron a América, donde continuaron con su labor educativa y creativa; pero, después de la guerra, la arquitectura moderna pierde su orientación social y su confianza en cambiar la realidad social a través de su quehacer. El uso extendido de la tecnología y el desplazamiento de los arquitectos que inauguraron las nuevas expresiones arquitectónicas hacia otros países dieron lugar a una uniformidad en la producción que se conoce con el nombre de arquitectura internacional. Y este modelo se extiende indiscriminadamente hacia afuera influyendo en la arquitectura de muchos países.

Hacia los años sesenta empieza una reacción en contra de la arquitectura purista y homologante. Algunos arquitectos escriben textos que son manifiestos de protesta contra los predicados de la arquitectura moderna. Otros, críticos del acontecer cultural, registran el cambio en las expresiones y en las inquietudes del gremio. Otros más hablan del cambio en los gustos y en la libertad de expresión. La arquitectura busca nuevos significados. Este momento marca el final de la arquitectura moderna y la búsqueda de nuevas expresiones que, en su conjunto, son conocidas como arquitectura posmoderna, caracterizada por la diversidad de sus expresiones y la búsqueda de significados.

La crisis del movimiento moderno en arquitectura coincide con la crisis general del pensamiento proveniente del derrumbe del paradigma científico y la razón. La arquitectura moderna, producto de los ideales de la modernidad con su intención grandilocuente, llega a su fin y la crisis se convierte en búsqueda. La solidez de sus postulados se desvanece y en su lugar quedan balbuceos ininteligibles, pero intencionados de nuevas formas de expresión más representativas de nuestro tiempo y de nosotros, los individuos que, en grupos, poblamos la tierra. ☼